

Domingo XVII. Año C

Lectio divina sobre Lc 11,1-13

Antes de ser *maestro de oración*, Jesús ha sido *modelo*: las ganas de orar le nacieron al discípulo, mientras veía rezar a su Señor; contemplándolo, se dio cuenta de que no sabía rezar como su maestro. El discípulo quiso aprender a orar porque *no sabía rezar como* su maestro: la oración se le convirtió, pues, en asignatura libre; no era lo que Jesús le enseñaba con palabras sino con la vida. Y Jesús enseña a quien se lo pide, a quien está lo desea. Sí, antes que palabras, le dio ejemplo; pero con las palabras Jesús deja ver al discípulo lo que no pudo contemplar, mientras lo veía rezar: le da a conocer los sentimientos con los que dirigirse a Dios como Padre, e le inculca la perseverancia que se nutre de esa confianza que Dios, en cuanto Padre nuestro, nos merece.

La seguridad del discípulo no se basa en lo que se pide ni en cómo o cuándo lo hace, sino en la relación que establece con Dios cuando le reza. Quien se sabe hijo, no se sabe inoportuno, por más que importune a su Dios. Quien sabe que pide a un padre, no se preocupa por pedir bien, ni por pedir lo mejor, pues lo mejor será cuanto reciba del Dios que le es Padre. El hijo puede atreverse a pedir a su Dios hasta su propio Espíritu de Padre: ¿no seremos malos orantes sólo porque nos conformamos con menos?; ¿nos estamos siendo malos discípulos porque no nos atrevemos a sentirnos hijos de Dios, como Jesús fue y nos enseñó? Para el cristiano orar lo que Jesús enseñó es saberse lo que él se sabía, hijo de Dios, y pedir lo que no se atrevería, el Espíritu, si no hubiera sido porque Jesús así se lo enseñó.

¹Una vez que estaba Jesús orando en cierto lugar, cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo:

«Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos.»

²Él les dijo:

«Cuando oréis decid:

"Padre,

santificado sea tu nombre,

venga tu reino,

³*danos cada día nuestro pan del mañana,*

⁴*perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe algo, y no nos dejes caer en la tentación.»*

⁵Y les dijo:

«Si alguno de vosotros tiene un amigo, y viene durante la medianoche para decirle: "Amigo, préstame tres panes, ⁶pues uno de mis amigos ha venido de viaje y no tengo nada que ofrecerle." ⁷Y, desde dentro, el otro le responde: "No me molestes; la puerta está cerrada; mis niños y yo estamos acostados; no puedo levantarme para dártelos." ⁸Si el otro insiste llamando, yo os digo que, si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, al menos por la importunidad se levantará y le dará cuanto necesite.

⁹*Pues así os digo a vosotros:*

Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá;

¹⁰*porque quien pide recibe, quien busca halla, y al que llama se le abre.*

¹¹*¿Qué padre entre vosotros, cuando el hijo le pide pan, le dará una piedra?*

¹²*¿O si le pide un pez, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?*

¹³*Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?»*

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

En neto contraste con Mateo que ha introducido la oración del Padre nuestro (Mt 6,9-13) en una larga catequesis sobre la oración (Mt 6,1-15) dentro del Discurso de la montaña (Mt 5,1-7,28), Lucas prefiere crear un nuevo escenario para este *decisivo acto magisterial de Jesús*. Aproximándose el momento de partir de este mundo, Jesús se ha puesto en camino hacia Jerusalén (Lc 9,51-19,28). El continuo desplazamiento le ofrece la oportunidad de estrechar la convivencia con cuantos le siguen y dedicarse, con preferencia, a su 'educación': quiere ir ganándolos para que le acompañen en su pasión (Lc 9,22-27.44-45). Es en este contexto que Jesús se les convierte en maestro de oración.

La escena se desenvuelve en dos partes, desiguales por contenido y amplitud. Una breve noticia sitúa sin mucha precisión la enseñanza de Jesús (Lc 11,1): en algún momento, en algún lugar, camino de Jerusalén, Jesús se puso a rezar y pudo ser visto por un discípulo. Será su petición: *Señor, enséñanos a orar*, lo que provoque la instrucción de Jesús (Lc 11,2-13). Esta tiene dos secciones: la oración propiamente dicha (Lc 11,2-4) y una más extensa catequesis sobre la oración (Lc 11,5-13). Es curioso que la oración enseñada sea breve, cinco peticiones – no seis, como Mt 6,9-13, introducidas por una simple 'Padre' (Mt 6,9a: *Padre nuestro*), mientras la catequesis se alargue, utilizando

imágenes realistas y convincentes, e insista primero en la perseverancia (Lc 11,5-8) y luego en la confianza filial (Lc 11,9-13). Da la impresión de que Jesús da más importancia a *cómo* orar que a *qué* decir.

II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

Fue Jesús uno de esos maestros que enseñan con la vida tanto o más que con las palabras. Su magisterio no se redujo a los discursos que pronunciaba, eran sus gestos diarios los que mejor formaban a sus discípulos. Por eso, para aprender de él exigió que se le siguiera continuamente. Jesús fue quien se empeñó en hacer de sus alumnos compañeros, intimó con quienes aprendían junto a él. No enseñaba a distancia; quien no convivía con él no podía aprender de él. El evangelio no los acaba de recordar: un anónimo discípulo sorprende a Jesús rezando. Y se sorprende porque todavía no le ha enseñado a rezar, cuando todos los demás maestros en Israel lo habían hecho con sus discípulos. Ver a su maestro orando le hace caer en la cuenta de lo que aún le falta por aprender.

Tuvo que ser algo insólita la petición; y no solo porque Jesús, como anota Lucas, rezaba a solas con frecuencia, sino porque el discípulo pertenecía a un pueblo, Israel, que *sabía* rezar. *¡Qué agradecidos debemos estar a este discípulo anónimo, que arrancó de su maestro una de sus mejores lecciones!* Pudo ver rezar a su Señor, porque acompañaba siempre a Jesús, también cuando no rezaba... *Vivir junto a Jesús* hace surgir el deseo, y lo alimenta, de *rezar como él*. *¿No será porque es escasa, sólo puntual, nuestra voluntad de convivir con Jesús, por lo que no nos importa mucho aprender de Él cómo rezar?*

A la pena que le produjo a ese discípulo no saber rezar - y a su valentía por reconocerlo - debemos la oración cristiana por antonomasia. No desesperemos, pues, si tenemos que reconocer que, tras tanto tiempo siguiendo a Jesús, tampoco nosotros sabemos rezar. Como ese discípulo primero, a cuya ignorancia y valor debemos el padre nuestro, pidámosle hoy a Jesús que nos enseñe a orar. Y es que, no lo olvidemos, Jesús enseñó a rezar a quien se lo pidió. Hablaba de Dios a todos los que le escuchaban, exponía su voluntad a cuantos encontraba; pero enseñó a hablar con Dios como se habla como un padre, invitó a saberse hijo de Dios sólo a quien le rogó que le enseñara a rezar como él hacía. Por muy gratuito que sea su magisterio, Jesús quiere que sea deseado; que no exija nada previamente, no quiere decir que no haya de ser pedido; aunque no lo hayamos merecido ni lo podamos pagar, tenemos que valorar cuanto Jesús puede enseñarnos.

Bien pensado, no ha de resultar penoso darse cuenta de que no se sabe rezar. Reconocerlo no es, ni mucho menos, un pretexto para dejar a Jesús ni para desilusionarse de uno mismo; más bien, es una razón añadida para quedarse con él más tiempo, hasta que aprendamos a rezar, hasta que él quiera enseñarnos. El discípulo que pidió lecciones de oración era uno de los que tuvieron la fortuna de acompañarle, mientras Jesús hacía oración. Si no tuviéramos mejores motivos para quedarnos con Jesús toda una vida, podríamos utilizar como razón - ¡y es excelente! - nuestra incapacidad para orar: hasta que no sepamos rezar como él, necesitaremos que nos enseñe; mientras Jesús pueda enseñarnos, no podemos abandonarle. Nuestra ignorancia en materia de oración es una buena excusa para seguir con Jesús, para seguirle donde vaya. Quien desee que Jesús sea su maestro de oración ha de mantenerse en su compañía. *¿No estará aquí una razón - ¡no necesitamos más! - para explicarnos nuestra escasa vida de oración y su mala calidad? Quien vive lejos de Jesús, sin escucharle siempre, sin contemplarle a menudo, no tendrá ni idea de lo que significa rezar como él sabía.*

Jesús no inició su magisterio con un discurso sobre la oración (cf. Mt 6,5-8), sino con una breve oración. Y lo primero que enseñó al aprendiz de orante es a sentirse hijo del Dios a quien reza. *No es digna de un cristiano una oración que no lo haga a él, hijo, y a Dios, Padre.* Claro que, para 'enseñar' esto, hay que pasarse antes bastante tiempo rezando. Jesús comunica lo que siente: en la oración enseñada están sus sentimientos desvelados: el orante es, siempre y sólo - *¿se puede ser algo más?* - hijo de Dios. *¿Se puede conseguir algo mejor con menos palabras?*

Lo que Jesús dio a ese aplicado discípulo en unas pocas palabras fue una enorme lección: le enseñó a sentirse hijo ante Dios. Y es que la enseñanza de Jesús no se redujo a las palabras que había que dirigir a Dios; incluyó también cómo tenía que sentirse mientras rezaba quien se sintiera su discípulo; más aún, por eso, por sentirse hijo de Dios, había que empezar. Jesús enseñó palabras: qué decir a Dios y en qué orden; y haciéndolo, nos mostró que, en la oración, los intereses de Dios preceden a nuestras necesidades; que hay que cuidarse de los asuntos del Padre antes de rogarle que atienda los nuestros. Incluso en la oración Dios va en primer lugar. Pero, escogiendo las palabras, Jesús nos descubrió que todo aquel que se sitúa ante Dios cuenta con un padre.

En Lucas el *Padre (nuestro)* está formulado con un curioso 'desequilibrio'. Es verdad que las primeras peticiones se centran en Dios Padre: *¡se pide algo para Él, santidad para su nombre y realización de su reino!*. Esta prioridad es *toda una lección magistral, que pasa desapercibida lamentablemente con frecuencia. Quien quiere orar como Cristo se interesa primero por Dios y sus cosas; en el fondo, no debería costar tanto, tratándose de todo un Padre.* Pero sólo son dos los ruegos que para El se piden, mientras que para nosotros - ¡atención, *no para mí, para quien reza, sino para todos, también los que no rezan!* - son tres: pan suficiente hoy para poder sobrevivir mañana, perdón de los propios pecados y asistencia eficaz en la prueba. Que Dios, como Padre que es, se cuide de alimentarnos para no tener que vivir hoy desviviéndose por el mañana. Que, como Padre que es, nos acoja, y recoja, siempre que lo hayamos abandonado y, recuperándonos como hijos suyos, se recupere El como Padre. Que, como Padre que es, no permita que la tentación sea más fuerte que nuestra debilidad, que permita que nuestra fidelidad sea probada, pero no rota. Hay que advertir que sólo *una de las tres peticiones* por nosotros está condicionada: el perdón que se pide a Dios va

avalado, medido y motivado, por el perdón al que nos ha ofendido: *quien desea ser perdonado por el Padre tendrá que dispensar perdón al hermano ofensor; pedir que el Padre olvide mi ofensa, me impone borrar de mi corazón la ofensa sin desterrar de él al ofensor.*

Más que una plegaria más el padrenuestro es toda una escuela de oración. En la oración de Jesús el criterio del éxito no está en conseguir lo que se pide, radica en saberse hijo de quien nos escucha. Cuando reza el discípulo de Jesús, puede que eche en falta muchas cosas; pero está cierto de que no le falta un padre en Dios; aunque pase por mucha necesidad, no tiene ya necesidad de alguien que le quiera y que quiera ayudarle: nada menos que todo un Dios es padre de quien reza como Jesús. Cuando reza el discípulo de Jesús se convierte en hijo de Dios; y entonces, sólo entonces, puede pedirle a Dios lo que se quiera, lo que más se quiere, su reino, para que Dios sea reconocido en la tierra, y su Espíritu, para que uno se sepa hijo suyo en el corazón. ¿Hay algo mejor que pueda desearse que tener a Dios como Padre y su Espíritu como patrimonio familiar?

Después de haber enseñado *qué orar*, Jesús indica *cómo* hacerlo. Y recurre a imágenes que tienen, ambas, la figura de un padre como protagonista, sea un padre de familia que debe hospedar al amigo inoportuno y precise de ayuda inmediata (Lc 11,5-8), sea el papá de un niño que, por malo que pueda ser, no puede resistir el deseo de su hijo y le dará, no lo que pida, sino lo mejor que pueda (Lc 1,11-13). Así fundamenta la exhortación central: *pedid, buscad, llamad*. Jesús promete – se compromete – que se recibirá..., pero no lo que se pide; que se hallará..., no precisamente lo que se buscado; que se le abrirá.. no siempre la puerta deseada. *La oración al Padre no siempre alcanza lo que desea, pero siempre recibe más, y mejor que lo deseado. ¿O es que el Padre Dios no va a ser mejor que el mejor de los padres?*

Y es que, cuando rezamos, lo que conseguimos no es la satisfacción de todas nuestras peticiones; la oración que hacemos no logra el cumplimiento de nuestros más pequeños deseos. ¡Bien lo sabemos!; es una experiencia tan normal que, a veces, llega a debilitar nuestras ganas de rezar. Pensamos que con la oración vamos a conseguir lo que no conseguimos con nuestros esfuerzos; hacemos oración para lograr pequeños prodigios, olvidando que el prodigio mejor ya se ha dado: antes de que le confesemos nuestras faltas o le roguemos su protección, Dios nos hace saber que le tenemos como Padre a nuestra disposición. La oración del hijo no depende, pues, no de lo grave que sean sus carencias sino de lo grande que es su confianza; no es decisivo lo que se pide, ni cuánto ni cuándo, sino la relación que media entre el orante y su Dios. Pedir es oficio de hijos y dar tarea del Padre. Una oración que no surge de la confianza total, que pide sin esperanzas de conseguir, que reza por si acaso, porque no hay otra salida a la vista o como simple desahogo, que se ilusiona por conseguir algo sólo porque ha insistido mucho, no es propia de un hijo.

Y es que quien se sabe hijo no se cree nunca inoportuno. Pida cuanto sea, nunca pedirá más de cuanto le ha sido ya concedido. El hijo, cuando ruega a su padre, no se preocupa por guardar las formas, por aparentar desinterés; no acalla su necesidad porque necesita a Dios más que a todo lo que le falte; no silencia su pobreza, pero no para que su Padre se entere de ella, sino para enriquecerse él con las atenciones de todo un Dios. Quien se sabe hijo, no se preocupa por pedir lo mejor para él, lo que más necesita, o cuanto cree no tener. Sabe que ya ha obtenido lo mejor, lo que más necesitaba: a su Dios como Padre. Frente a ello, todo lo demás es lo de menos. Jesús nos ha enseñado a convertir nuestras necesidades en un ejercicio de filiación: sentimos que nos faltan tantas cosas importantes para no sentir la falta de Dios.

Y quien se sabe hijo, ni cree perder el tiempo pidiendo cosas a Dios ni pierde el tiempo pidiéndole cosas sin importancia: hijo es quien se atreve a pedir más estima el padre; hijo es quien desee obtener de su padre lo que mejor le caracteriza. A nada menos que al tesoro del padre aspira el hijo, con nada menos se conforma: los hijos de Dios le piden siempre, también cuando no es oportuno, su Espíritu. ¿No estaremos siendo malos sólo porque no somos buenos orantes? ¿Y no seremos malos orantes porque no nos atrevemos a pedir a Dios lo que realmente merece la pena. Pedirle su Espíritu pondría a prueba su voluntad de concedernos lo que deseamos y a nosotros nos convertiría en sus hijos. Para no perdernos el espíritu de Dios, podemos perder las buenas formas rezando. Así nos lo enseñó Jesús mismo.